LA CASA QUE ME HABITA

Wilfredo Carrizales

El reloj de pared decide cada noche dar sólo un número determinado de cam-panadas. A esas horas, salen de sus escondites las sombras de un tiempo impreciso. Bajan por las blancas paredes, desde distintos puntos, y se congregan muy cerca de la caja del reloj. Observan en detalle el movimiento del péndulo y luego calculan el momento exacto para desaparecer absorbidos en los confines de zonas olvidadas.

Las lluvias sobrevienen al ser atraídas por ese insólito fenómeno. La casa aumenta su temprana exultación y detecta la celeridad de los principios celestiales. A medida que se acerca el límite pluvioso, un como trepidar conmueve los cimientos de la casa. La eficacia en poner su fortaleza hacia un impulso que trasciende queda una vez más patentizado.

Los charcos de agua son tan transparentes que el propio jardín se mira en él y descubre otra juventud.

II

Los sábados la casa se hace distante por dentro. Recorro a un recóndito valor y recorro, palmo a palmo, la lejanía que ya no pretende regresar. Descubro (como si nunca antes hubiese sucedido ningún descubrimiento) un derruido rincón en un patio postergado. Hito y frontera de nostalgias.

Los muros han escogido envejecer y en esa vía van desmoronando orgullos y antiguas naturalezas con sus respectivas prosapias.

Por allí siguen transitando incasantes alarifes de un oficio de sueños y de cal y canto y piedras mixturadas

Se siente la presencia de la argamasa nutriendo a los ladrillos. Huelga decir que sobran los atisbos de pálido azul y grises que son mordiscos en las texturas.

(Una cabellera de paja pretende exornar la indestructible cabeza del muro y las futuras lluvias recuperarán los verdes que entrañablemente defendimos mientras fuimos niños).

III

Las flores de azahar establecen el principio de la casa y su importancia redundará más allá de un simple espacio limitado por el viento y los pedruzcos del terreno

En pleno florecimiento, la casa eclosiona y su savia terrosa se revela en tejas de imprescindible cobertura, columnas de paciencia monjil y plegarias para enlazar las maderas.

Bajo otra época la casa se movió siguiendo los redondeles que les trazaba el grillo reidor del amanecer.

Juguemos - decíamos entonces a inventar la importancia de los arbustos que desconocen su precosidad.

Juzguemos - afirmábamos otrora la magnificencia de los aromas y recojamos en los plantíos las auroras enarboladas en nuestros cometas

IV

Hay ruidos de pies descalzos en los umbrales de las puertas. La tierra incita al polvo a profanar la inusual ternura del piso segmentado. Hay ruidos, también, de pies que, en tiempos mejores, una vez estuvieron bien calzados. Cuelgan boca abajo los recuerdos pendientes de trenzas y la brisa los mueve al penetrar silenciosamente por las ventanas que se abren a los misterios mayores

De manera permanente los gruesos paredones persiguen la albura donde proyectan sucesos remotos para regocijo de mis ojos que ya todo lo esperan.

Los sueños no pueden irse cuando quieren. Bueno resulta mostrar un poder que se esconda en cada esquina, pero los mensajes que con constancia envía la casa deben ser llevados a feliz término.

Un gallo llega a la casa y las mañanas cacarean al divisar los blancos huevos que ruedan gozosos sobre la hojarasca.

V

Un tordo merodea alrededor de una de las almas de la casa. Tal asunto suele ser permisivo si la levedad se

pone de manifiesto bajo circunstancias extra-ordinarias. De lo contrario, un negro sino se apropia, irremediamente, del espíritu que la casa guarda con celo en su recóndito origen.

A veces, parecen manchas pardas o rojizas en los intersticios por donde se escapan los sueños y luego, una premura parece entorpecer el natural avance de la casa hacia los otros confines más pletóricos.

La tierra de los patios, entonces hurga abiertamente en su sustancia y pretende erigir un único destino que la justifique ante los ojos de los visitantes.

VI

La casa que me habita bulle y se agita por todos y cada uno de sus costados. Me creo merecedor de sus bondades y me comprometo a ser testigo veraz de los acontecimientos que la tornan viva y palpitante.

De improviso, los recovecos y rincones de la casa quedan abiertos y dejan huir a innumerables objetos, muebles y diminutos huéspedes. No pierdo detalle del evento; no extraigo ninguna conclusión errónea. Escruto y me escruto.

A simple vista, este hecho portentoso disfruta de la aglomeración de antiguas pisadas y del continuo transitar de esperanzas circunscritas por el cerco de las paredes.

Dando un veloz vuelco, en los inmediatos días de la casa desplegará sus aires y gravitará sobre los espacios que atestiguan todos los pormenores.

VII

La plenitud de la casa no se detiene. Ella intuye la cercanía de la gran puerta orientada hacia el giro lúcido de la veleta

Bajo el entramado de las vigas, la vida hogareña transcurre en la contemplación de la luz cenital, alta en su persistencia. Sin embargo, la claridad sólo le es dada a quienes se atrevan a cruzar los umbrales interrogados de la edificación.

Con hueso y calcio las paredes enaltecen la subida que las pondrá al mismo nivel de las enramadas donde se detiene la luna.